



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Contigo hablo, ¡levántate!

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 5, 21-43 (13º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 1 de julio de 2018)



El pasado 14 de junio, cuando rodó por primera vez el balón en el mundial de fútbol de Rusia, cientos de historias se detuvieron y, otro tanto, quedaron eclipsadas por el fervor de los aficionados y el exagerado cubrimiento mediático que despierta el deporte con más seguidores del mundo. Este evento es, sin lugar a duda, un balón de oxígeno para quienes a lo largo del año solo escuchan noticias de paro, corrupción, exclusión y

conflicto. También es un balón de oxígeno para quienes se valen de esta cortina de humo mundial para desviar la atención de la ciudadanía de los procesos que generan conflictividad social y adormecer, por lo menos por un tiempo, los justos reclamos de los empobrecidos y de las víctimas de la mala gestión de no pocos gobernantes y líderes sociales haciendo efectivo el viejo adagio romano: para el pueblo, *panem et circenses*, pan y circo.

En este domingo, siguiendo el Evangelio de Marcos, quisiera ofrecer un balón de oxígeno para todas las personas que sufren los embates de la pobreza, el sufrimiento, la injusticia y el dolor y para quienes en su futuro solo avizoran nubarrones negros ante la dilación de las soluciones a los problemas estructurales que se enquistan en el mundo. Este balón, a diferencia del que he comentado arriba, no pretende anestesiarse las conciencias ni silenciar el grito de los últimos; no pretende desconocer o aparcarse las causas de tanto dolor; no quiere generar una cortina de humo que oculte el dolor de quienes se lanzan a la mar buscando un trozo de vida o de las víctimas de la violencia de género o para hacer desviar la atención de los casos sangrantes de corrupción.

Sin desconocer ni ocultar la realidad, os comparto el **“balón de esperanza”** que surge de la certeza de tener a un Dios que ha optado, sin restricciones, por la vida y por restañar los proyectos de plenitud que cientos de hermanos y hermanas han visto afectados por la sinrazón de la exclusión y de una inadecuada política de redistribución de la riqueza económica, cultural, política, social, etc.

Acogida sin restricciones. La hemorroísa del Evangelio cargaba con una enfermedad que le impedía la plena participación en la vida de la comunidad desde hace varios

años. Sus flujos de sangre le significaban cargar con la etiqueta de *impura* con el consiguiente rechazo de sus paisanos y la prohibición de participar en no pocos actos de la ciudad. El panorama, ciertamente, no era halagüeño. Pero entra en escena el Dios de la acogida que, con su fuerza sanadora, rompe las murallas y las vallas que nos dejan fuera. Es una intervención sutil, sin publicidad y sin la retórica de quienes hablan mucho y hacen poco. Solo con tocar la orla de su manto esta mujer fue incluida en la vida de la comunidad y su sanación se convierte en un icono de la generosidad, de la compasión y de la empatía de Dios.

La vida sin límite. La muerte con sus ritos funerarios se había apoderado de la casa de Jairo. Su hija, en la plenitud de la vida, había partido a ese destino desconocido para los seguidores de la sinagoga. Pero surge una voz y una presencia que cuando dice “levántate” vence todos los poderes que nos arrebatan la vida y nos sumergen en el sinsentido.

El autor de la vida va más allá de la curación de una enfermedad que calificaba a las personas que la portaban como impuras. El autor de la vida devuelve la existencia y el ser a quienes la limitación y la vulnerabilidad toca con mayor dureza. Detrás de esa sencilla expresión: “Contigo hablo, niña, levántate” está la apuesta de Dios por la vida de todos los seres humanos desde el momento de su concepción hasta cuando, con una mochila cargada de historias y de rostros, regresan a la casa del Padre.

Hoy el buen Dios de la Vida sigue gritando “levántate”: nos invita a no rendirnos ante el primer escollo que nos presenta la cultura de la muerte. Nos llama a trabajar sin cuartel para crear condiciones de vida digna para todas y todos. Nos mueve a comprometernos con las causas justas que hacen posible que la vida no se nos escape de las manos como la arena del mar. Nos llama a ser servidores y testigos de la vida porque para quienes creemos en Él, la muerte no tiene la última palabra.

Por la Vida, hasta la vida misma. Cuando Jesús, ante la evidencia de la muerte dice que la niña está dormida, sus paisanos ríen.

Optar por la vida con esperanza e ilusión, mantener viva la utopía, soñar con otro mundo posible desde los valores y criterios del Evangelio, creer en la bondad de las personas y atreverse a ser constructores de sentido y artesanos de sueños suscita risas y burlas entre quienes han entregado su proyecto de vida a los valores fugaces de la riqueza, del poder o del confort o entre quienes el dolor ha dejado tan marcados que son incapaces de abrirse a la novedad de la esperanza.

No obstante, para quienes seguimos creyendo en la bondad y la ternura del Dios de la Vida, aunque seamos blanco de las burlas, seguiremos mandando “balones de esperanza” porque, como dice mi madre, ***“Dios no se ha muerto, ni siquiera se sabe que esté enfermo”***.